

Juan Alberto Campoy



La realidad y otras ficciones

Ilustraciones: Patricia Corrales



Ediciones
Irreverentes

Novísima Biblioteca

JUAN ALBERTO CAMPOY

LA REALIDAD
Y OTRAS FICCIONES

Novísima Biblioteca
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © Juan Alberto Campoy

De las ilustraciones © Patricia Corrales

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

Diciembre de 2011

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-15353-24-9

Depósito legal:

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

ÍNDICE

Presentación	7
LA REALIDAD (MÁS O MENOS)	
La desventurada vida del conde de Montgomery	11
La matanza de Caonao	15
La agonía del chancho	19
Tragedia de Marga Gil	23
La entrevista	28
Una real monserga	31
Nivea Niviva	34
OTRAS FICCIONES (MÁS O MENOS)	
Escándalo en el Instituto Cervantes	41
Don Braulio y el Bluetooth	44
El principio de causación inversa del profesor Fieldy	47
El triunfo de Galatea	50
Un día de campo	54
Saludos desde el paraíso	60
Cindel	68
COMENTARIOS Y CONSIDERACIONES	
La cara de palo de Tranquilina Iguarán	75
El suicidio literario (y real) de Rodrigo Rosenberg	77
Diatriba contra el arte moderno	84
Algunas consideraciones políticas	87
Vidas perpendiculares	89
¿Machismo, feminismo o estulticia?	90
Yo no soy el árbitro	92
Estos días azules y este sol de la infancia	94

PRESENTACIÓN

Buenas tardes. Dicen que no hay dos sin tres y éste es mi tercer libro. Pero no ha sido por eso por lo que lo he escrito. Hay innumerables pruebas de que dicho refrán es falso. ¿Acaso eran tres los reyes católicos? Que yo sepa estaba Fernando y estaba Isabel. O Isabel y Fernando, que tanto monta monta tanto. Bueno, montaban, porque ya, los pobres... Pero los cuente en el orden que los cuente, me salen dos. A partir de entonces, ya no ha habido más reyes católicos. Todos agnósticos. ¿Y los hermanos Calatrava? ¿Cuántos son los hermanos Calatrava? Está el feo y está el guapo. Bueno, el feo y el no tan feo, quiero decir. Y pare usted de contar. Podría seguir poniendo ejemplos hasta aburrir. De hecho creo que alguno ya se está aburriendo. Queda pues demostrado que puede haber dos sin tres. Lo que no puede haber es tres sin dos, como podría entender cualquiera, hasta un niño de teta, o incluso George Bush. He escrito este libro, pues, de forma libre y voluntaria. Todo lo libre y voluntariamente que puede alguien hacer algo hoy día, cuando parece que todo está en manos de los mercados y de las agencias de calificación. Ningún refrán me ha forzado, en cualquier caso, a escribirlo. Y ya metidos en refranes, seguro que alguien esperaba que a la tercera fuera la vencida, o sea que en está ocasión escribiera una novela. Espero no haberle desilusionado en exceso a este hipotético lector con mi reincidencia en el cuento, o más bien en el microcuento. De todas maneras, hay novelistas por ahí que escriben de maravilla. No hace falta que me esperen precisamente a

mí. Y siempre está el Quijote, que, por lo que me han dicho, admite todas las relecturas que le echemos. Albert Einstein dijo que cuando ya se sabía todas las respuestas le cambiaron las preguntas. Como no quiero que a mí me ocurra otro tanto, voy ser yo mismo quien me lo pregunte: ¿para cuándo la novela señor escritor? Me alegro de hacerme esta pregunta. Responderé a la gallega, con otra pregunta: ¿le preguntan acaso a Usain Bolt, campeón olímpico de los 100 metros lisos, cuando se va a pasar a la maratón? Salvando las distancias, por supuesto. Y, antes de terminar esta breve presentación, quería expresar dos agradecimientos. En primer lugar, a mi hermano Luís por su colaboración con el estupendo relato «Don Braulio y el Bluetooth», en el cual queda patente cómo la tecnología, entre otras cosas, puede servirle al ser humano para llevar más dignamente su soledad. Y en segundo lugar, a Patricia Corrales, cuyas excelentes ilustraciones entriquecen sustancialmente la lectura del libro. Que paséis una magnífica tarde.

LA REALIDAD (MÁS O MENOS)

LA DESVENTURADA VIDA DEL CONDE DE MONTGOMERY

Desprendida del tronco, ya nada podía preguntarse, pero, en caso de haber podido hacerlo, la cabeza de Gabriel, conde de Montgomery, señor de Lorges y capitán de la guardia escocesa, probablemente se habría preguntado por la razón de tanto ensañamiento. Una vez concluida su tarea capital, el verdugo se recreaba en su labor descuartizadora, asestando hachazo tras hachazo sobre el cuerpo inerte.

Todo había empezado quince años atrás, cuando el rey de Francia había decidido celebrar por todo lo alto el tratado de Cateau-Cambresis, por el que se firmaba la paz con España y por el que se acordaba un doble enlace matrimonial: el de su hija Isabel con el rey de España, y el de su hermana Margarita con el duque de Saboya. En las justas que tuvieron lugar, los caballeros hicieron gala de gran destreza y arrojo. El rey, tras enfrentarse al duque de Saboya, al duque de Guisa y al conde de Montgomery, concluyó su participación. Sin embargo, de forma contraria a lo reglamentado, el monarca quiso batirse de nuevo con Montgomery. Esta insistencia era sorprendente: los videntes Luca Guárico y Nostradamus le habían prevenido contra los duelos a caballo, y la propia reina, Catalina de Medicis, le había hecho llegar un mensaje pidiéndole que se retirara del torneo. Había, sin embargo, una explicación a la cabezonería real y era su deseo de desquitarse. El conde de Montgomery no sólo le había acometido con tal fuerza en el primer choque que le había hecho



tambalearse, sino que además tenía la osadía de ser el amante de la reina. Y ésa era mucha osadía. Su orgullo había sido herido y la mejor forma, la única forma, en realidad, de curarlo era hacer morder el polvo a aquel insolente jovenzuelo a la vista de todo el mundo. Era una cuestión de amor propio, no de celos. Difícilmente podía padecer celos alguien cuyo corazón, y con él el resto de su cuerpo, pertenecía en exclusiva a otra persona: a su queridísima Diana de Poitiers. Unos instantes antes de que Montgomery y el rey volvieran a medir sus fuerzas se produjo un espeso silencio. Las trompetas y los clarines, que hasta ese momento habían sido atronadores, callaron como por encanto. Los dos contendientes espolearon a sus caballos y arremetieron con tanto ímpetu al rival que ambas lanzas se quebraron. Como era preceptivo, el rey cambió su lanza, pero Montgomery no hizo otro tanto. A continuación los dos jinetes volvieron a la carga, queriendo la mala fortuna que en el embate una de las astillas de la lanza del conde se introdujera por la mirilla del yelmo del rey y le atravesara el ojo izquierdo.

La herida del rey era de extrema gravedad. Los más exitosos médicos y cirujanos se afanaron en curarle. Entre ellos estaba Vesalio, el principal anatomista de la época, quien acudió a París por expresa solicitud de Felipe II. Sus dolores, en lugar de mitigarse, iban en aumento. Finalmente, se encargó a Ambroise Paré, el médico de cabecera del monarca, realizar estudios anatómicos minuciosos de heridas semejantes: cuatro condenados a muerte fueron ejecutados y sus cabezas fueron a parar a su mesa de estudio. Todo fue en vano: a los diez días de las infautas justas Enrique II fallecía. A pesar de que el propio rey le había exonerado de toda responsabilidad, el conde fue

destrerrado y huyó a Inglaterra. Allí se convirtió al protestantismo. Al cabo de unos años volvió al continente para luchar en las guerras de religión que asolaban Francia. Su captura se convirtió en una obsesión para Catalina, quien seguía ejerciendo una gran influencia en la corte francesa. Finalmente el mariscal Matignon logró apresarle tras el asedio de Domfront. Acusado de alta traición, se le sometió a tortura para que reconociera haber conspirado contra el rey, pero su voluntad no se quebró. Tampoco tuvo ningún resultado el arzobispo de Narbona en su intento de que se confesara y renegara del protestantismo. En lugar de ello, el conde de Montgomery manifestó que, desde que había abrazado la nueva fe, había vivido por y para ella, y que en ella pensaba morir por la gracia del Señor. Fue condenado a morir en el patíbulo.

Desprendida del tronco, ya no podía pensar, pero, en caso de haber podido hacerlo, la cabeza de Gabriel, conde de Montgomery, señor de Lorges y capitán de la guardia escocesa, probablemente habría pensado, al ver tanto ensañamiento, que Catalina de Medicis no sólo le odiaba por ser uno de los principales líderes del partido protestante, sino también por algo que nunca le perdonaría, ni siquiera después de muerto, y era la muerte de su marido. Y pensaría también que Catalina únicamente había sido su amante por despecho, ante la manifestación pública de su infidelidad del rey con su queridísima Diana de Poitiers.

LA MATANZA DE CAONAO

Según la descripción realizada por el padre Bartolomé de Las Casas en su libro «Historia de las Indias».

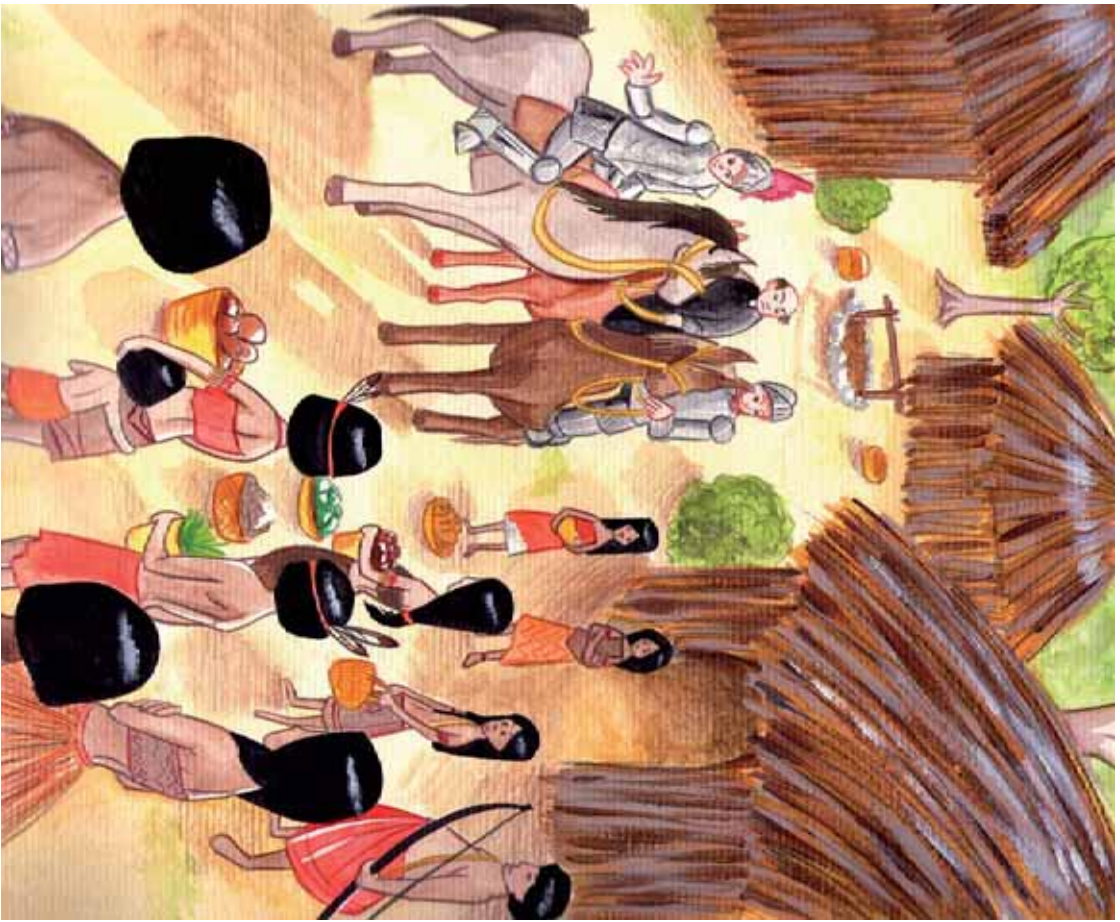
LA MASACRE

Debiste haber permanecido en el tejado del bohío. Has sido muy ingenuo dejándote embaucar por las promesas de ese hombre. El cielo ya había empezado a teñirse de rojo cuando acudiste a la plaza a ver a los hombres barbados venidos de Dios sabe dónde. Te han sorprendido sus extraños vestidos, que les tapaban todo el cuerpo, y su forma de hablar, grosera y ruidosa. Pero lo que más te ha maravillado han sido las descornales bestias en que algunos venían. De esto último has tardado en darte cuenta: hasta el momento en el que los hombres que iban sentados sobre las bestias se han bajado para coger el pan y el pescado que les habéis ofrecido, hasta ese mismo momento has dudado si no te hallarías en realidad ante unos seres híbridos, mitad hombres y mitad animales. Superado el deslumbramiento inicial, pronto ha quedado patente la arrogancia de los extranjeros. En lugar de mostrarse agradecidos por el recibimiento que les habéis dispensado, han pagado con desprecio vuestra generosidad. Al ver cuan negro era su corazón te has preocupado y has corrido a refugiarte al bohío, desde donde, al cabo de un tiempo, has escuchado con terror unos gritos estremecedores que te han roto el alma. Espada en mano, los invasores

descuartizaban a viejos, hombres, mujeres y niños. No ha habido piedad. Has sido el único de los vecinos que acudieron a recibir el peligro que ha quedado con vida. Tu sabiduría te ha hecho percibir el peligro que os acechaba. Pero lo que no has podido ni remotamente imaginar, y lo que ya nunca sabrás, es que esos malditos invasores no albergaban ningún odio hacia vosotros (su odio, si acaso, abarcaba a todos los hombres de estas tierras) y que el único motivo de la matanza ha sido el comprobar el filo de sus espadas.

MORIR EN PAZ

Finalmente los extranjeros han entrado en el bohío para continar con la carnicería. Te has subido al tejado y has logrado esquivar a la muerte de nuevo. Cuando ya parecía que la furia de los intrusos se había apagado, ha aparecido el sacerdote y ha dicho que él estaba al mando y que podáis bajar sin cuidado alguno. Inmediatamente han venido a tu mente las habladurías que corren por la isla, que aseguran que la única misión los sacerdotes es amansaros antes de que actúen los hombres armados. También aseguran esas habladurías que las cruces que os cominan a señalizaros en la cara y en el pecho representan los nudos de las cuerdas con las que seréis atados antes de conducirlos a extraer el oro, el cual es el verdadero dios de los extranjeros. A pesar de estar advertido, después de que lo hicieran los demás, tú también has bajado. Nada más poner pié en tierra has recibido una cuchillada mortal. Moribundo, has salido del bohío dando tumbos, sin saber qué hacer ni adonde dirigirte.



Entonces has visto acercarse al sacerdote, muy apurado, hacía donde tú estabas. Al principio has creído que su desasosiego era producto del arrepentimiento y que quería pedirte perdón. Lentamente, en la medida en que su escaso conocimiento del idioma se lo permitía, te ha ido diciendo que eras tú el que debías arrepentirte por todos los pecados que habías cometido, para de esa manera poder acceder al paraíso. Más por hacer que se callara que por otra cosa, no le has llevado la contraria en nada. Acto seguido te ha vertido un poco de agua en la frente y se ha tranquilizado. Después tú también has descansado.

LA AGONÍA DEL CHANCHO

Las que siguen fueron supuestamente las últimas palabras del administrador de ganado y asesino a sueldo Alexander Mac Lennan. Murió de «delirium tremens» a los 45 años de edad. (Nosotros pensamos que es bastante dudoso que un discurso tan coherente proviniera de un individuo que se hallaba en estado de embriaguez permanente, pero no hemos dudado en ofrecérselo a nuestros lectores por dos motivos. En primer lugar, porque probablemente sea una buena aproximación a lo que efectivamente dijo. Y, en segundo lugar, porque refleja perfectamente hasta qué grado de corrupción moral llegaron los saqueadores de Tierra de Fuego).

Dejad de martirizarme, malditos sabajes. Nuestros flechazos acabarán con mi vida, pero nada más conseguireis ¿Por qué os ensañáis de esta manera? Vuestros muertos bien muertos están y, por más que me torturéis, no les devolveréis la vida a ninguno de ellos. ¿De donde proviene tanta crueldad? Sin duda es el rencor quien os guía. Qué estirpe tan baja y degradada, la vuestra. Qué abismal diferencia entre vosotros y nosotros. Nosotros vivimos aquí a traer la civilización y el progreso, pero, lamentablemente, para ello ha sido necesaria vuestra aniquilación. ¿Acaso no os tildó de miserables Charles Darwin? ¿Acaso no se sorprendió de que pertenecierais a la misma especie animal que él? Yo también me sorprendo y me avergüenzo de que forméis parte del género humano. No pararemos mientras quede un sólo selenam con vida. Como veis, hablo de forma clara. No como vosotros. ¿A qué viene ese nombre de chancho colorado con